

Jan Zabrana

# Toda una vida

Edición establecida, anotada  
y presentada por Patrik Ourednik

Traducida del checo  
por Fernando de Valenzuela Villaverde



**melusina** [sic]



Título original: *Celý život*

© Eva Zabránová, 1992

© Editorial Melusina, s.L., 2010

[www.melusina.com](http://www.melusina.com)

© De la traducción del checo de *Toda una vida*:

Fernando de Valenzuela Villaverde

© De la traducción del francés de la presentación:

José Pons Bertran

This book is published with the support of the Ministry of Culture  
of the Czech Republic.

Este libro se publica con el apoyo del Ministerio de Cultura  
de la República Checa.

Reservados todos los derechos de esta edición.

Depósito legal: B-42.456-2010

ISBN-13: 978-84-96614-47-5

Impreso en España





La vejez: una amante que nos muerde con una dentadura postiza.

Las enfermedades con que nos obsequia la vejez son un acto de misericordia. Cuando somos ancianos, la naturaleza nos otorga el olvido, la sordera, una vista escasa y también un poco de confusión justo antes de la muerte. Las sombras que nos envía con antelación son frías y benéficas.

De joven, salía con una chica y en una ocasión le pregunté qué era lo que más le gustaba hacer. Pensaba que me diría que lo que más le gustaba era hacer el amor conmigo. Pero ella, sin dudarle un instante, dijo que lo que más le gustaba era hacer la limpieza... Hoy lo he recordado al cabo de más de treinta años, ya sin el asombro que me produjo aquella respuesta, pero con otro asombro: «¡Y yo no me casé con ella!».

El hecho de que alguien tenga cuarenta y cinco o cincuenta años ya es en sí mismo causa suficiente para suicidarse. ¿Y explicárselo a alguien que no lo entiende?

Cuando por la noche no podía dormir, desde algún lugar de la memoria acudían como un antiguo conjuro los nombres de los medicamentos



que un cuarto de siglo atrás buscaba para mandárselos a la cárcel a mamá: Rovanol, Rovatinex.

Tras los escaparates de las tiendas: *Oferta del día*.  
Y toda nuestra vida: *Oferta de la noche*.

Si la mierda se muriera,  
los idiotas irían a su entierro.  
Y es por eso que este mundo  
es un mundo que no tiene remedio.

Yo nunca, yo nunca; no, yo jamás, pensé toda la vida cada vez que alguien hablaba en mi presencia del suicidio. Era para mí una tontería, una santurronería, algo así como el ateísmo. Pero, ¿acaso sabe uno, acaso le es posible adivinar hasta dónde lo puede arrastrar la vida? Hasta dónde lo puede arrastrar la enfermedad, la falta de salidas de la situación en la que se encuentra, la muerte en vida (*yo no morí, mas vivo no quedé*, como escribió Dante), todo eso... Y ahora a veces me digo que ya es hora, que ya lo ha sido, que no sé por qué permanecer en este abandono, en este vacío, en esta orfandad. El problema es que yo no puedo morir (en la medida en que de mí dependa) mientras siga viva una persona a la que no quisiera darle la satisfacción de haberme sobrevivido... Este año cumplió los setenta y cinco. De modo que es posible sobrevivir, seguir viviendo, de puro odio.

Cada puta tiene que encontrar a su chulo. Eso se nota más en la cultura checa actual que en ninguna otra parte.

Nunca he podido soportar a esos idiotas incapaces de pensar, que no paraban de cotorrear (esa era entonces una expresión muy popular) que el idioma, cuando alcanza determinado nivel, hace poesía por su propia cuenta. Sí, hace poesía. Pero de la mala.

«Despoblar el siglo». (En tiempos fue un término utilizado por los historiadores; hoy hace referencia a lo que pretende a diario la censura: despoblar el siglo para que algún día parezca que estaba deshabitado.)

*Flores de papel*

Te dije, tú me dijiste,  
a ti te dije, te dije, tú me dijiste,  
a ti te dije, te dije, tú me dijiste, a ti te dije:  
«¡Oh, qué altos eran los edificios!  
¡Oh, cómo olía el polvo en la antigua casa!  
¡Oh, qué difícil era encontrar  
el tiempo del sol y el tiempo del futuro, el  
tiempo de las flores de papel!»

Te dije, tú me dijiste,  
a ti te dije, te dije, tú me dijiste.

Naturalmente. Al cabo de veinte años no me encontré tal como me había abandonado.

Otórgale a ese libro sentido antes de leerlo. A él eso terminará de escribirlo y a ti te humanizará.

Uno de los mayores éxitos de la política cultural socialista (hasta el día de hoy): a partir de 1949 obligó al poeta Nezval<sup>1</sup> a que volviera a utilizar la puntuación en sus poemas.

La correspondencia entre Schiller y Goethe. Lo mismo que he pensado sobre Goethe toda la vida: que era un señorito de café.

El problema consiste en que la gente que desprecia la genialidad de Nezval por haber sido «un cerdo sin carácter», se siente inclinada a aceptar a cualquier oscurantista «con carácter».

En Odeón han publicado dos novelas de Chesterton (una de 1903, otra de 1914). A pesar de que la traducción es excelente (obra de Tonda Pridal, de Brno, pero con la firma de un tal Mirek Cejka,

1. Vitezlav Nezval, una de las grandes figuras del poetismo y el surrealismo checos en el periodo de entreguerras, que se alió con el comunismo y se convirtió en su poeta oficial.



que le hace de tapadera), no hay manera de hincarle el diente: unos antipáticos vejstorios, tan «ingeniosos» que resultan irritantes. Una de las cosas que me desorienta en Chesterton es pensar que la conversión —tan frecuente entre los intelectuales ingleses de los años 20 y 30— no era cosa de idiotas, al menos no mayoritariamente... Y estos son precisamente los libros que «ellos» quieren: cuanto más alejados de la realidad, mejor (y, al mismo tiempo, con cierto renombre literario, que no sean simples novelas de detectives en las que todo está claro antes de empezar a leer), pero que no comprometan, que no afecten a nada, ideales para el ronquido y el eructo de después de la comida...

«Por obras en el desvío, la carretera principal está provisionalmente abierta». (Cartel en la carretera.)

¿Cómo se reconoce el amor? ¿Cómo se sabe que es amor? Un hombre seguramente puede decir que quiere a una mujer cuando después de foliar no le dan ganas de darle una patada en el culo.

Lo mejor que he visto en esta vida fue el cielo; lo mejor que en ella oí fue el silencio; lo mejor con lo que me topé fue la soledad.

